

FRANCISCO SOCA

(1856-1922)

Dres, Fernando Herrera Ramos y Ruben Gorlero Bacigalupi *

Una de las figuras de más destaque dentro de la historia de la medicina nacional es la del doctor Francisco Soca, quien en el curso de su brillante ejecutoria profesional, docente y política, llegara a ocupar los sitios de mayor responsabilidad a que puede aspirarse en la vida universitaria e institucional.

Nació en Montevideo, en una casona de la calle Ejido e Isla de Flores, el 24 de julio de 1856. Fueron sus padres don Victorio Soca y doña Bárbara Barreto.**

Azares de las luchas "carlistas" obligaron a don Victorio a huir de su residencia en la Isla de Lanzarote, refugiándose en la de Fuenteventura, sitio desde el cual emigrara a la América del Sur.

La primera escuela a la que concurriera Francisco Soca, lo fue el colegio privado dirigido por un español, conocido popularmente como "don Manuel". Luego fue inscripto en la escuela primaria de don Jorge Lemoine, de origen francés, a quien se le conocía con el apodo de "don Jorge el tuerto".

Durante estos primeros años de sus estudios sus padres pensaban dedicarlo a las tareas agrícolas, como lo hacía el resto de sus familiares. Un accidente fortuito vino a cambiar el rumbo de su destino; una hermana suya, viuda precozmente, se disponía a contraer segundas nupcias con el señor Francisco Cayafa, persona de gran cultura, que impresionado por la vivacidad del niño, le hizo preparar para el examen de ingreso a la universidad.

Cursó los años de bachillerato en ciencias y letras, con gran aprovechamiento, obteniendo excelentes clasificaciones.

Joaquín de Salterain, su compañero de entonces, evoca esta época de estudiante de Soca, expresando: "nos conocimos en el claustro de la vieja universidad, cuando no había huelgas y aquellos maestros, Ellauri, González Vizcaíno, Archavaleta, Destéfanis, etc., dictaban sus cursos con ingenua y amistosa familiaridad, como amigos más que como profesores; desde entonces, Francisco Soca se destacó por su tenacidad y por su inteligencia y ansias de saber. Solitario, concentrado, casi huraño, no malgastó un minuto en las fáciles distracciones de los espíritus superficiales, porque



Francisco Soca

reflexivo siempre, se dedicó por completo en cuerpo y alma, al trabajo intelectual".

Al finalizar el bachillerato, se inscribió en los cursos de la Facultad de Derecho, pero esta fugaz inclinación hacia los estudios jurídicos pronto se vio suplantada por su resolución de ingresar a la facultad de medicina.

Aun sin finalizar el primer año escolar, y contando con la ayuda económica de su tío materno Leandro Barreto, se dirigió a España, consiguiendo que en Barcelona le fuera concedida una matrícula extraordinaria en las asignaturas

* Extracto de "Historia de la Facultad de Medicina", obra inédita.

** Algunos autores sostienen su nacimiento en el pueblo de Mosquitos (hoy Soca), sobre la actual ruta 8; otros, por ejemplo, Otero Roca, dicen que nació en la chacra "La Cordobesa" en el camino de Los Cerrillos a Canelones; Estapé, por su parte, afirma que fue en Montevideo.

correspondientes al primer grado de la carrera, en el mes de octubre de 1877. A los siete meses, y aun cuando no había conseguido revalidar su certificado de bachiller expedido por la universidad de Montevideo, se le permitió rendir examen, obteniendo la clasificación de "notablemente aprovechada".

Resuelve entonces regresar a nuestra ciudad, donde, al serle reconocidos los estudios realizados en España, ingresó al segundo año de medicina, graduándose con el título de médico cirujano en el año lectivo de 1883, con la presentación de una tesis de doctorado que denominara "Historia de un caso de ataxia".

Casi de inmediato, luego de una rápida incursión profesional por la ciudad de Tacuarembó, donde tuviera oportunidad de observar su primer caso de "enfermedad de Friedreich", regresó a Europa, en usufructo de una "bolsa de viaje" otorgada por el gobierno de nuestro país, para que pudiese perfeccionar sus estudios médicos.

En ese viaje Soca iba junto también con los recién egresados Joaquín de Salterain y Enrique Pouey, todos beneficiarios de las becas otorgadas por el gobierno del general Máximo Santos por decreto del 12 de mayo de 1884, el cual establecía que gozarían de una pensión de \$ 1.000 de viático y de \$ 200 mensuales, cada uno.

En París tuvo oportunidad de conocer y admirar directamente, siguiendo sus clases, a la poderosa conjunción de celebridades que enseñaban en aquel medio, recomenzando su carrera médica, cursando la totalidad de los programas establecidos por la célebre facultad de medicina de París.

Si en nuestra ciudad había llegado a la culminación de sus estudios, luego de recibir las lecciones de los más renombrados profesores de la primera época de nuestra casa de estudios médicos, Leopold, Pugnalin, Serratos, no podemos dejar de reconocer, sin menospreciar a éstos, la diferente capacitación que debió obtener en un ambiente con más experiencia y medios, bajo el contralor del cuerpo docente que actuaba por entonces en las varias veces centenaria facultad de París, considerada de manera indiscutible como el primer centro de formación médica del mundo.

Cadet de Gassicourt, Jules Simón, Hutinel, en pediatría, Potain, en el Hospital Necker, en cardiología, le abren las puertas de un mundo científico no avizorado hasta entonces, escenario que llega a su máximo esplendor al visitar y concurrir a las clases de Charcot, desde la escuela de neurología del Hospital de la Salpêtrière. Aquí vive Soca sus más amplias satisfacciones.

La preparación profesional de Soca estuvo, como es lógico, impregnada por el espíritu francés y por la corriente renovadora que trajo la gran revolución de la medicina que se vivía en ese país a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Toda su primera actividad en Francia, dejaba vislumbrar que su futura orientación se encauzaría hacia la pediatría. Las enseñanzas de los afamados maestros de "Les enfants malades", se volcaron en sus primeras producciones científicas: "tratamiento de la pleuresía purulenta en el niño"; "auscultación del corazón, ruido de galope y algunos progresos de la semiología cardíaca" y "los soplos anorgánicos de la punta del corazón en el niño".

"Pienso, expresaba, refiriéndose a este último tema, que él prestará un servicio importante a los médicos de mi país, que no han tenido ocasión de oír y seguir al eminente Potain, y muy especialmente a los estudiantes de medicina a quienes este trabajo está destinado".

Pero esta inclinación hacia la medicina infantil del Dr. Soca de la primera época, iba a durar muy poco. Su naturaleza inquieta fue poderosamente cautivada por un nombre del que

comenzaban a ocuparse ampliamente los medios científicos europeos: el Profesor Charcot, quien ya se perfilaba como una figura de excepción desde su cátedra de la Salpêtrière.

Su vinculación con el consagrado maestro va a patentizarse con la presentación de la tesis de doctorado de París del año 1888, publicada bajo el padrinazgo de Charcot, bajo el título de "La enfermedad de Friedreich".

Esta monografía, que se convertiría en un formidable aporte bibliográfico, es la que hizo decir al Profesor Pierre Marie en la Academia de Medicina de París, "que constituye un momento intangible, impercedero, gloria de la ciencia francesa y de la América Latina".

No sabemos si durante el pasaje escolar de Soca por nuestra facultad, hubiera esbozado alguna preferencia por las dolencias del sistema nervioso, aun cuando debemos recordar el hecho sintomático de que su tesis de doctorado de Montevideo del año 1883, se refiriera a "historia de un caso de ataxia".

No obstante la identidad de temas neurológicos tratados en ambas tesis, ellas mismas se encargan de demostrar el abismal grado de suficiencia del autor de ambos trabajos.

La tesis de Montevideo, al decir de los especialistas, no pasa de ser un estudio mediocre, casi de rutina y sin trascendencia alguna. En cambio la de 1888 de París, tuvo tal envergadura que fue considerada "la piedra angular de los conocimientos sobre esta afección", llegándose a proponer denominar "ley de Soca o ley de la Edad en la enfermedad de Friedreich", al hecho enunciado por nuestro compatriota, que rige cronológicamente la eclosión de la dolencia en los diversos miembros de una familia de predisuestos.

De regreso al Uruguay, y luego de un breve pasaje por la ciudad de Tacuarembó donde desempeñó las funciones de médico de policía, se afincó en Montevideo donde rápidamente se hizo notar la diferente preparación técnica existente entre Soca y la mayoría de los integrantes del cuerpo médico local.

Surgirá desde entonces una profunda rivalidad, que en el fondo fue una verdadera lucha entre la escuela francesa, representada por Soca, y otras escuelas, preferentemente españolas e italianas, que defendían sus opositores.

Es desde este momento que se va a apreciar un cambio sustancial en el carácter de nuestro biografiado, y de aquel joven sereno, suave y hasta algunas veces apocado, va a surgir un ser apasionado, implacable en la lucha, severo al juzgar los errores ajenos, violento en la polémica y de un lenguaje tan brutal, que bien podría decirse lindaba en ocasiones con la expresión descomedida.

En el año 1889 fue designado profesor de patología médica, cargo al que se elevaba por indiscutibles méritos y que lo colocó en situación de real relevancia dentro del ambiente científico nacional.

Al tomar posesión de su novel jerarquía, expresaba Soca: "... hay dos clases de experiencia, la estéril y la fecunda. Hay hombres que han ejercido veinte años y si son más hábiles comediantes son peores médicos al fin que al principio de su larga práctica. Es la experiencia útil aquella que exige dos cualidades en un grado elevado: instrucción vasta, sólida, segura y potentes cualidades de observador".

Poco después era nombrado médico del Hospital Vilardebó, puesto al que llegó con la firme determinación de transformar su servicio en algo similar a lo que viera en la Salpêtrière, tratando de aplicar los conocimientos que le brindaran Gilbert-Ballet y Zichen, cuando le iniciaran en el estudio de los trastornos de la mente y de los desequilibrios psíquicos del individuo.

De este período son sus publicaciones sobre la laringitis estridulosa con tiraje continuo; la taquicardia histérica secundaria; el sueño prolongado en los tumores de la hipofísis; sobre el síndrome de Charcot-Marie; sobre el poliadenoma de estómago; sobre la coloración de la piel en la insuficiencia suprarrenal; sobre el tratamiento del eritema nudoso; acerca de las relaciones del asma con la tuberculosis; sobre la fiebre histérica; sobre el tratamiento del vértigo de Meniere; angina de pecho y tratamiento; sobre la hemiplejía dolorosa; las máscaras gástricas del cólico hepático; acerca de las dispepsias cardíacas, etc.

En 1892, al crearse la cátedra de niños, se le encargó de su regencia, convirtiéndose así en el primer profesor titular de clínica infantil de nuestra casa de estudios médicos.

El advenimiento de Francisco Soca, a pesar de sus iniciales inclinaciones pediátricas, no hacía otra cosa que confirmar el concepto bastante arraigado en todos los medios médicos, en lo referente a cómo debían encararse la asistencia y la enseñanza de las enfermedades de los niños. En efecto, el recién nacido y el lactante se consideraban dentro de la órbita de influencia del especialista obstétrico y de ahí que la elemental preparación que podía adquirirse de la patología de estas épocas de la vida, se efectuase en las clínicas destinadas a las mujeres y partos. Cuando el niño crecía, se le consideraba, desde el punto de vista de sus dolencias, como un adulto en pequeño y es quizá esa manera de pensar y encarar las cosas, la que debió haber impulsado a las autoridades de nuestra facultad, para encargar al Dr. Soca, cuyas condiciones de eminente clínico eran unánimemente reconocidas, para que dictara los cursos de medicina infantil.

A poco de ser designado para tal cargo, Soca dirigió al rector de la universidad, Dr. Alfredo Vázquez Acevedo, una nota en la que reclamaba para la recientemente instaurada cátedra, los elementos mínimos necesarios para que ella pudiese rendir lo esperado.

Decía en ella Soca: "el honor que se me hace es puramente nominal hasta tanto la facultad no ponga en mis manos los medios de hacer verdadera y fecunda clínica, hasta que no se ponga a mi disposición una sala, un gabinete de consultas, un asilo cualquiera, en que pueda mostrarse el niño enfermo a nuestros jóvenes alumnos".

Expresaba más adelante, defendiendo su tesis de la importancia de la nueva cátedra y la imperiosa necesidad de que se le otorgara una sala desde la cual poder impartir la enseñanza: "la ciencia del niño enfermo es una de las más interesantes, de las más útiles de la medicina general, y en todas partes se le concede una atención y preferencias no dudosas; pero en un país como el nuestro, la cuestión se eleva y alcanza las proporciones de un formidable problema social. En efecto, el mal de nuestra patria, el mal de los males, la fuente y el sostén de todas nuestras desdichas y de nuestra dolorosa situación presente es la escasez de población. Y en un país en que la población es el primero de los problemas sociales y la escasez de ciudadanos o trabajadores, el más grande de los males, en semejante país las cuestiones que se refieren al niño, a la base de la población, ¿podrían no ser las primeras, las más fundamentales de todas las cuestiones? El estudio del niño enfermo, el estudio de conservar sus vidas, de aumentar la población de una manera más o menos directa ¿podría no estar a la cabeza de los problemas de una higiene y de una medicina racional y patrióticamente concebidas?"

"Para dar mayor relieve a estas ideas, concluía la nota de Soca, voy a consignar un dato que me parece absolutamente decisivo: ¿se sabe cuántos de los niños nacidos en un año, desaparecen antes de llegar al quinto año de edad?

La tesis reciente del Dr. Amargós, nos ofrece un dato aterrador; sucumben antes del quinto año, y sin contar los nacidos muertos, el 30 % de los nacimientos; es decir, casi la tercera parte".

A pesar de todo, de poca entidad resultó la actuación de Soca al frente de esta especialidad. Su pasión por otros enfoques y su real vocación hacia la medicina del adulto, absorbieron todo su tiempo, hasta que en 1896, obtiene la titularidad de la clínica médica con asiento en las Salas Argerich y San José del viejo Hospital de Caridad, y que mantuviera con singular prestancia hasta el instante de su fallecimiento ocurrido el 29 de marzo de 1922.

Puede afirmarse categóricamente, que fue desde su llegada a la cátedra de clínica médica en que se inició la descollante e impeccedera labor del Profesor Soca, alma y vida de lo que se ha denominado "Escuela Argerich", y que sus discípulos, queriendo establecer una justicia histórica, aspiraron a que se conociera como "Escuela Soca", en homenaje a su inspirador, guía y consejero.

Este centro médico, que afianzó la programática francesa en nuestros estudios, se caracterizó por su tendencia eminentemente práctica, que al decir de uno de sus integrantes más distinguidos, podría haber ostentado la siguiente divisa: "las teorías pasan, pero los hechos quedan".

Virtud fundamental de Soca y de la cual hizo plataforma de sus clases, fue su excepcional "sentido clínico", producto armónico y equilibrado de cualidades a veces antagónicas. Poseedor de un ágil espíritu analítico, que le permitía desmenuzar hasta el más mínimo detalle semiológico, era capaz de sintetizar admirablemente las conclusiones a las que arribaba; razonador exhaustivo en la búsqueda de la verdad clínica, eso no le impidió ser un brillante imaginativo, en ocasiones exuberante; extraordinario maestro de la patología interna, fue en sus expresiones un auténtico práctico; cauto y parsimonioso en la elaboración de un diagnóstico; se volvía audaz, violento e irónico en la polémica y, hasta su figura exterior, de contornos rudos y características desaliñadas, contrastaba con una vida interior pletórica de una personalidad superior, que él en su inmodestia no trataba de disimular.

Su famosa conferencia sobre "el médico", pronunciada en ocasión de la 5ª velada literariomusical de la facultad de medicina, del 2 de setiembre de 1916, es una notable pieza literaria y un mensaje de esperanza sincero para las futuras generaciones, al indicarles una verdadera y rígida ética médica. En ella hace resaltar la acción exacta de los deberes y obligaciones de aquellos que se van a dedicar a una profesión que, por su carácter requiere una férrea voluntad y estricta conciencia en el actuar y en el decir.

Escribía uno de sus biógrafos, el doctor Solís Otero y Roca, "que sus discípulos no sabían qué admirar más: si su ciencia amplia y profunda que abarcaba todos los sectores de la patología médica; si su experiencia clínica basada en el estudio de la realidad vivida en millares de enfermos; si su intuición poderosa, que le permitía internarse con paso firme en el laberinto de los más intrincados problemas clínicos; si su certero "ojo clínico" para el diagnóstico; si su arte soberano en la expresión, tanto oral como escrita, de su pensamiento. Con su mímica irreprochable, a los ojos de sus auditores, Soca parecía transformarse en un Guitry o en un Zacconi, interpretando la máscara de un parkinsoniano o el andar de un hemipléjico".

"Casi invariablemente comenzaba sus "speeches", como él los llamaba, en un tono menor; su voz comenzaba apagada y suave. Solo podían oírle distintamente los más cercanos a él. Era el momento de la enunciación de los antecedentes:

ya, al entrar en la descripción de los síntomas su voz se iba animando y se elevaba cada vez más, adquiriendo tonos mayores, como trasuntando el fuego interno que iba encendiéndose en los arcanos de su psiquis; y así, con una armonía en el gesto y en los ademanes que acompañaba fielmente a su palabra, como el acompañamiento sigue la voz cantante, se desarrollaba la lección clínica”.

Su saber era sólido, verdadero, inaccesible a la novedad aparatosa de la falsa evolución. Su sentido de la realidad era seguro, y lo conducía rápidamente a destacar de cada caso clínico, el hecho, el síntoma sobre el cual iba a edificar el diagnóstico positivo.

Su elocuencia era subyugante, usaba el idioma con infinito arte, haciendo de la elegancia de la frase, dicha con armónica entonación, un arma poderosa y convincente.

Sus oyentes quedaban convencidos ante su sugestiva palabra y la fuerza irrevocable de su argumentación y razonamiento.

Si fue grande como maestro, no lo fue menos como médico, puesto que dedicó su vida a sus enfermos. Por encima de todo, cansancio, enfermedad, descanso, estaban sus pacientes.

Puede en verdad decirse que Soca realizó su misión de médico y de maestro con un amor, un entusiasmo y una perseverancia incomparable. Promociones enteras de profesionales le deben su preparación y el prestigio conquistado, al impulso que les imprimiera el distinguido profesor.

Sus excepcionales virtudes médicas le permitieron acceder a la posición de miembro de las principales sociedades científicas americanas y europeas, siendo de entre todas ellas la más distinguida la de haber sido designado miembro asociado extranjero de la Academia de Medicina de París, sitial para el que fuera elegido en el año 1917.

Este mismo año recibía también el codiciado título de Profesor Honorario otorgado por nuestra Facultad de Medicina, en sesión realizada por su consejo directivo el día 26 de junio de 1917 y que no hacía otra cosa que ratificar los enormes méritos acumulados por el Profesor Soca en su dilatada carrera docente.

Asimismo, y teniendo en consideración sus altísimas condiciones universitarias y ciudadanas, fue llevado por las autoridades de la universidad al alto cargo de rector de la misma

para el período 1907-1908, y por sus correligionarios políticos en repetidas ocasiones para ocupar bancas en la Cámara de Diputados y de Senadores del Poder Legislativo.

Desde su escaño parlamentario, Soca puso de manifiesto el equilibrio de su manera de proceder y razonar. Su palabra fue escuchada y atendida con respeto y cuando su voz se alzaba en el recinto parlamentario, se tenía la absoluta seguridad de oír a un maestro de la oratoria, que dejaba caer en forma incontrovertible conceptos definitivos.

Sus discursos acerca de la obligatoriedad de la vacunación antivariólica, sobre las obras del Puerto de Montevideo y tantos otros de muy diversa índole, son aun hoy tenidos como brillantes piezas en la materia.

Murió trabajando puesto que el día en que le arrebatara la muerte, había dictado su diaria lección en su aula del Hospital Maciel. Esa fue su última clase en la cátedra, pero no de su vida, pues esa misma noche, en su lecho de muerte, se incorporó serenamente y dirigiéndose a uno de sus más allegados colaboradores, con voz pausada y serena, refirió los síntomas que sentía, discutiendo el diagnóstico, indicando la terapia más conveniente y afirmando estoicamente el pronóstico fatal.

Su deceso, ocurrido el 29 de marzo de 1922, causó dolorosa impresión en todos los círculos del país y del exterior, y al considerarse los honores a tributarse a sus restos, se expresaba en el Consejo Nacional de Administración las siguientes frases: "... médico eminente en el más alto significado de la palabra y político distinguido, el Dr. Soca, ocupó las más altas dignidades del país; diputado, senador, rector de la universidad, constituyente, consejero nacional, y sobre todo y todos los días al frente de su cátedra, como Profesor de la Facultad de Medicina, poseído totalmente de la ambición honrada de entregar a los demás los secretos de su ciencia, envueltos en la elegancia inimitable de su arte del buen decir, y por fin miembro de la Academia de Medicina de París, el Dr. Soca ha dado a la república lo mejor de su inteligencia, poniendo a su servicio las dotes extraordinarias de su cerebro y de su corazón..."

Su recuerdo perenne está en el bronce, obra del escultor francés Bourdelle, emplazado en el Parque Batlle y Ordóñez. Desde su pedestal y mirando de frente a la inmensa mole del Hospital de Clínicas, pareciera seguir presidiendo la marcha de la medicina nacional.